

¿Y tenemos noticia de las obligaciones que hemos contraído? Esta será la materia de la lección siguiente.

—————▶▶▶▶▶▶▶▶▶▶▶▶▶▶▶▶—————

DIA VEINTE.

S. Feliciano, obispo y mártir, y S. Hilarion, abad.
SAN FELICIANO, OBISPO.

Basta saber que ha existido un hombre de tanto mérito que se haya hecho acreedor al culto religioso, no de bárbaros y ciegos gentiles, sino de iluminados y virtuosos cristianos, para que sea objeto de nuestra veneracion y de nuestra alabanza; mucho mas cuando ha pertenecido á la gerarquía eclesiástica en el orden venerabilísimo de los pastores de la Iglesia; y todavía aun mas cuando sabemos haber sido tanta su virtud y tan generoso su amor á Jesucristo, que no ha dudado derramar su sangre y dar su vida por confesar su divinidad, y sellar el dogma de la verdad católica. Tan esclarecidas notas recomiendan sobremanera el mérito de San Feliciano, obispo de Minde, y mártir, y nos descubren su santidad; pero careciendo de noticias mas particulares de su vida y del género de martirio con que terminó su gloriosa carrera, le consagramos solamente estas cortas líneas, y ponemos para satisfacion de la piedad y devoción de nuestros lectores la vida de San Hilarion, abad, cuya fiesta se celebra mañana.

San Hilarion, abad.

Nació San Hilarion el año 291 en Tabate, en la Palestina, de padres gentiles; y habiendo sido mandado siendo jóven á Alejandría para dedicarse á los estudios, se hizo allí celebre por sus claros talentos é irrepreensibles costumbres. En esa ciudad llegó á su conocimiento la fé de Jesucristo, y convencido de su verdad, la abrazó con tal empeño, que hizo los mas admirables progresos en el camino de la santidad en muy poco tiempo. Frequentaba las iglesias, sus ayunos eran repetidos, continua su oracion, huía todas las diversiones y miraba con el mayor desprecio las riquezas y honores terrenos. Teniendo noticia del famoso San Antonio Abad, cuyo nombre era muy célebre en aquella época, deseó vivamente conocerlo, y al efecto se dirigió al desierto á visitarlo, y permaneció por

dos meses en su compañía aprendiendo de él toda su religiosa norma de vida. Vuelto á su casa, habiendo fallecido sus padres distribuyó á los pobres todos sus bienes, y teniendo solamente quince años de edad no curaplidos, se retiró á la soledad. Edificó allí una pequeña celda en que apenas cabia, y su lecho era la dura tierra. No se lavó ni mudó jamas aquel saco con que al principio se vistió, diciendo ser superfluo buscar la limpieza en el cilicio. Su perpetua ocupacion consistia en leer y meditar las Santas Escrituras. Su alimento eran unos pocos de higos y yerbas, las que no tomaba sino puesto el sol. Fueron increíbles su continencia y humildad; y con el ejercicio de estas y otras virtudes, llegó á superar varias y horribles tentaciones del demonio, dominándolo tanto, que con solo su mandato hecho desde su celda, arrojó de los obsesos multitud de sus infernales huéspedes en muchos lugares del mundo. Siendo, en fin, de edad de ochenta años, despues de haber edificado muchos monasterios y hecho grandes milagros, cayó enfermo, y estando casi agonizando, decia: *Sal, sal, alma mia; ¿qué temes? Hace setenta años que sirves al Señor, ¿y temes la muerte?* y diciendo esto exhaló el espíritu. Fué su feliz tránsito el año de 379. Un San Hilarion temia el morir: ¿qué será de nosotros?

La Epístola es del capítulo XLV del libro de la Sabiduría. (Eclesiástico). (pág. 25.)

Fué amado de Dios y de los hombres, &c.

El Evangelio es del capítulo XIX de San Mateo. (pág. 25.)

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus: Bien ves que nosotros hemos abandonado &c.

MEDITACION.

Sobre los caracteres propios de la abstraccion y retiro.

Considera que hay desgraciadamente entre los hombres un espíritu falso y espurio, que muchas veces se disfraza, vistiéndose los preciosos ropages de la abstraccion y retiro del mundo; pero que no por eso deja de ser como es un hijo de la soberbia y del despecho, concebido en el tenebroso seno de la melancolía, y nacido en el corazón de genios torbos y caprichosos, desconfiados, téticos y maliciosos; que lo alimentan para su propio daño, y para ruina de

la caridad, del candor, la inocencia, el amor á la cruz y otras muchas virtudes. Este malhadado espíritu es el que se conoce con el nombre de *misantrópia*, y no es otra cosa que una desconfianza temática, acompañada de una sospecha vehemente ó de una especie de juicio temerario, con que se califica á todas las personas de falsas, perversas, traidoras, sin distincion de sus prendas, cualidades y virtudes. Fuertemente impresionado el misántropo de estas ideas y afecciones, desconoce todos los deberes de la caridad, de la amistad, del agradecimiento, y mirando á los hombres con horror, huye de su trato y se sepulta en el retiro, pero ¿á qué? ¿á vivir con Dios y para Dios? Nada de eso. El misántropo solo huye de las gentes para vivir entregado á la tristeza, devorado de sus ideas, impaciente, violento y alimentando de continuo cuantos sentimientos y amarguras le sugiere su fatal espíritu. Ahora bien ¿qué tiene que ver esto con el espíritu de caridad que anima al hombre virtuoso, y le hace huir del mundo y buscar el retiro? Nada absolutamente. Porque si este huye de las gentes es por temor de su propia debilidad, no por maligna prevencion contra el prójimo, á quien jamas juzga ni mira con horror ó con odio; ántes en el retiro ora por él y le apetece toda felicidad; y si busca y aprecia la soledad, es por vivir en ella entregado al amor santo de su Dios y al ejercicio y práctica de la virtud, de la devocion, de la penitencia. Mas hé aquí que desgraciadamente este espíritu se encuentra en pocos, y los mas viven alucinados con ideas misantrópicas que erradamente califican de sentimientos de virtud, de odio del mundo, de amor al retiro y otras nobles virtudes, cuyos nombres sagrados deshonran y profanan.

Considera que como hemos insinuado, el espíritu de abstraccion y retiro en nada se opone á la caridad, ántes bien la purifica y perfecciona; porque extinguido todo afecto puramente humano, ó que tenga su principio en el propio interes y en la satisfaccion de nuestros apetitos é inclinaciones, solo queda campeando la divina caridad, que poseyendo al alma enteramente, la mueve á las obras que le son propias en el tiempo y ocasion oportuna; y excita en ella afectos nobilísimos y generosísimos de compasion, de misericordia, de amor puro y santo, y tan purificado de todo propio interes, que solo busca el bien del prójimo, se lo hace en cuanto puede, se lo impetra de Dios con oraciones, y llega á tanto grado, que desea como San Pablo, sacrificarse por sus hermanos. Si el órden de la

Providencia le dicta el sacrificio, lo ejecuta, y en todo caso y cualesquiera circunstancias lo edifica con el ejemplo de una conducta santa. Mas se diria que el género de vida que ha abrazado, la aleja de las obras exteriores con que pudiera emplearse en beneficio del prójimo. A esto respondemos que la caridad abraza muchos géneros de bienes; y si el hombre que vive retirado, no es útil al prójimo en uno de los géneros, se lo es en otro, fuera de que no se excusa de servirle en aquellas cosas que puede y le competen en su estado, y en el cargo, oficio ó género de vida que tiene en la religion ú en el estado; y solo si se porta con el modo y estilo que corresponde á un hombre separado del mundo.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh buen Jesus! ¡Oh Maestro Divino de toda perfeccion, que en vuestra vida mortal nos disteis la enseñanza y el ejemplo sublime de una perfecta abstraccion, con el ejercicio de la caridad mas acendrada! concédeme la gracia de que pueda imitarlo en cuanto cabe en mi pequeñez, viviendo solo para vos, y en vos, y por vos, para verdadero bien y edificacion de mis prójimos.

JACULATORIA.

Amaré á mi Dios por sí mismo, y á mi prójimo en Dios, y por Dios.

LECCION.

Sobre las obligaciones que contraemos en el bautismo.

El bautismo deja impreso en el alma un carácter espiritual que jamas se puede borrar; así es que este sacramento es uno de los que no se pueden recibir mas que una sola vez. El es un tratado de alianza que hacemos con Dios, por el cual nos obligamos á una vida mas pura que la de nuestro primer origen. Para cumplir, pues, con las condiciones de este tratado, es necesario practicar lo prometido en él, y observar todo lo que Jesucristo ha ordenado: *Enseñadles á observar las cosas que os he mandado.* Quiere decir, que cualquiera que recibió el bautismo de Jesucristo, debe vivir segun el Evangelio del mismo Jesucristo. Vivir segun el Evangelio, es evitar lo que prohíbe, y practicar lo que manda: es renunciar al pecado y vivir de la vida de Jesucristo; otra es nuestra obliga-

cion y la perfeccion á que somos llamados despues que hemos recibido la gracia del bautismo. Por grandes que sean, como hemos visto, los efectos de este sacramento, es necesario tener presente, que aunque por él se nos perdona la pena eterna y la temporal, esto es, que á los bautizados no se les debe imponer satisfaccion alguna como á los penitentes, con todo, no somos restituidos á aquel estado perfecto en que se halló Adán antes de su caída: nos quedan la ignorancia, la concupiscencia, las enfermedades físicas del alma y del cuerpo, y la necesidad de morir; el bautismo no destruye estas consecuencias del pecado original: de ellas no nos veremos libres sino despues de la resurreccion de la carne. Dios así lo ha dispuesto, á fin de que nos acordásemos siempre de la caída de nuestro primer padre; de que este mundo es para nosotros un lugar de destierro; que debemos vivir en la humillacion y el temor, para que esta sujecion, siendo inevitable despues del pecado, nos sirviese de ejercicio en la virtud, y de motivo para pedirle continuamente su gracia. Porque á la verdad, el primer grado de la libertad, es no cometer ningún crimen: *La primera libertad es carecer de crímenes*, dice San Agustín. No quiero decir, dice este Padre, que para ser cristiano sea necesario estar enteramente sin pecado; pues en verdad que los mas justos no están libres de cometerlo, y que todos necesitan de la misericordia de Dios; pero una cosa es vivir sin pecado, y otra vivir sin crimen. Aunque caigamos en muchas faltas, dice el Apóstol Santiago, debemos no obstante evitar con gran cuidado aquellos pecados que de un solo golpe matan al alma, y un verdadero cristiano nunca los comete. *Pecados mortales son los que con un acto matan: el cristiano de buena fé y esperanza no los comete*, dice San Agustín, cuya doctrina está conforme á la de San Pablo, que dice que un cristiano despues de su bautismo debe considerarse como un hombre muerto al pecado y sepultado con Jesucristo.

Un muerto, lector mio, ya no tiene ningun ardor para los placeres, ninguna pasion para las riquezas, ninguna ambicion para los honores; es insensible á las afrentas, indiferente á los menosprecios; en una palabra, ya no le interesan las cosas de este mundo. Ved aquí el modelo de cómo debemos estar despues de nuestro bautismo. Pues hay mas, y lo afirmó con el mismo Apóstol, que no sólo debemos estar muertos, sino sepultados, *porque somos sepultados con él* (esto es, con Jesucristo) *en muerte por el bautismo*. Un

muerto es verdad que ya no tiene que ver con el mundo; pero todavía el mundo se mete con él, pues aun le rinda ciertas atenciones de necesidad, y algunas veces de honor, y tambien de soberbia; pero el que está ya en la lobreguez de su sepulcro, nada comun tiene con los hombres, ni los hombres con él. Ved aquí el estado en que debemos estar despues del bautismo; es preciso permanecer muertos y sepultados para no volver á sumergirnos en los antiguos desórdenes á que renunciarnos: *Así tambien vosotros consideraos que estais de cierto muertos al pecado*. Y bien, ¿qué tal se practica esta doctrina del Apóstol? ¿Tenemos horror al pecado? ¿Estamos persuadidos de que un cristiano nunca debe cometer pecados mortales, y que el que los comete no es digno de tener este nombre? Efectivamente, si eres jugador, si eres borracho, si eres ladrón, si eres impúdico, ya no eres cristiano.

Y al oír estas verdades, ¿qué diremos de ver el dia de hoy, reinar el pecado en todos los estados, edades y condiciones? Ya se tragan la iniquidad como agua, y se sumergen en el sótano del vicio, como si nunca hubieran sido lavados en la fuente del bautismo: el llegar al uso de la razon y el ser delincuentes, todo es uno; pues el primer acto racional, mejor diremos, irracional, es manchar la ropa de la inocencia y ensangrentar la túnica blanca que se nos entregó en el bautismo: por todas partes no se ve sino corrupcion é impureza. Los padres y madres, en vez de hacer renovar á sus hijos las promesas de su bautismo, parece se empeñan en contrarrestarlas; pues los prostituyen al demonio y se aplican á inspirarles el amor al siglo y los placeres. Reflexionad un poco: ¿Es esa la ropa de vuestro hijo que debe presentar sin mancha en el dia del Señor? ¿Cuánto me temo que dentro de vosotros mismos estais diciendo: El pecado mortal, esa bestia cruel, devoró á mi hijo! Conservad, por tanto siempre en la memoria, que la primera y mas esencial de todas las obligaciones, es guardar nuestro bautismo; mas no solamente debemos morir al pecado, sino tambien vivir con la vida de Jesucristo.

Todos los que habeis sido bautizados en Cristo, estais revestidos de Cristo, dice San Pablo. Este es el precioso adorno que se nos dió el dia de nuestro bautismo. Basta solo ver á un hombre para saber de qué color es el vestido que tiene puesto; así sucedia con los primeros cristianos: era suficiente verlos andar, oírlos hablar y observar sus acciones y su conducta, para reconocer en ellos

el vestido honorífico de Jesucristo. Y bien, ¿nosotros estamos vestidos de Jesucristo? ¿Nos parecemos á aquellos primeros cristianos? ¿Se reconoce en nuestras costumbres su caridad, su humildad, su pureza y santidad de vida, en una palabra, se ve á Jesucristo en nosotros? ¿Estamos revestidos de él, exterior é interiormente? No basta para ser cristiano; antes bien es opuestísimo á sus dogmas el ser hipócrita, y solo exteriormente bueno; es necesario también serlo en el corazón, esto es, santificarnos á nosotros mismos, vivir con la virtud abrazados del amor divino, obedecer en un todo las inspiraciones y sentimientos de la gracia. ¿Habita Jesucristo en nosotros como en su casa? ¿Qué, no es verdad que nuestra alma es la cueva de la avaricia, de la impureza, de la cólera y demás pasiones? ¿En vano nos lisongeamos de ser cristianos si no lo somos, si no imitamos á Jesucristo!

Tengamos siempre presente la memoria de nuestro bautismo; pensemos en la gracia que recibimos en él; no olvidemos los empeños que hemos contraído; acordémonos de lo que prometimos por boca de nuestros padrinos; rectifiquemos, si puede ser, los más días, y si no al menos el día de nuestro cumpleaños, los votos eternos y sagrados que hicimos de renunciar á Satanás, á todas sus obras y pompas; prometimos seguir á Jesucristo: este fué nuestro primer empeño, nuestra primera palabra; ¡y seremos tan omisos en cumplirla! renovémosla á los pies de los altares, y no haya cosa en lo sucesivo que sea capaz de hacérsela violar.

DIA VEINTE Y UNO.

Santas Ursula y compañeras, vírgenes y mártires.

Entre las varias actas que se encuentran del martirio de Santa Ursula y de sus heroicas compañeras, lo más probable es lo que contiene un manuscrito que se halla en el Vaticano, y se cree que sea el mismo que escribió Geofredo de Monmouth sobre los negocios de Bretaña. En este documento se dice que Ursula era británica de nacimiento, que floreció en el IV siglo, y era hija de Dionoc, rey ó príncipe de Cornuailles, de quien recibió una fina educación, tanto en la parte moral como en la civil, para hacerla apreciable en su corte. Tenia Ursula la imaginación muy viva, un ta-



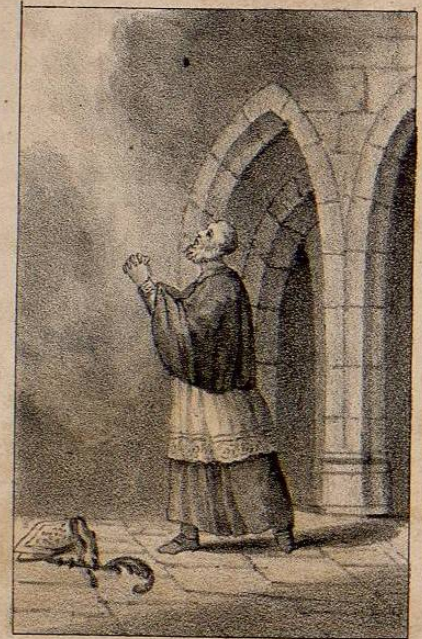
S^{ta} Ursula y sus compañeras Vírg. y Márt.



S. Hilarion Abad.



S^{ta} Salomé Viuda.



S. Donato Obispo.